

para llegar á la perfeccion, mientras que los clérigos, para estar á la altura de su mision, deben ser perfectos. Así invierte *Enrique de Gante* los términos de la famosa antítesis consagrada por los concilios: "Si los clérigos pueden abrazar la vida religiosa, y si ésta se declara *mejor*, no quiere eso decir que sea más perfecta en sí misma; es, al contrario, por debilidad por lo que un clérigo deja la vida activa, más expuesta á seducciones; la vida monástica es mejor, en efecto, para los débiles, porque los pone al abrigo de las tentaciones del mundo. Pero si se considera la vida religiosa en sí misma, es innegablemente inferior á la vida secular: los clérigos tienen lo mejor de la vida contemplativa, la caridad, y los monjes tienen sólo el conocimiento. ¿Se quiere saber cuál es superior? Mirad á Jesucristo: su vida, más que contemplativa, fué activa. Poco importa, despues de esto, que no hagan los clérigos voto de pobreza: ¿hicieron votos los apóstoles? No consiste la perfeccion en la pobreza exterior, sino en la pobreza espiritual; no dijo Jesucristo: ¡bienaventurados los *pardioseros* y los *mendigos*! sino: ¡bienaventurados los *pobres de espíritu!*", (1).

Echaron raíces estos sentimientos en los espíritus y entraron en la conciencia general. La decadencia de las órdenes monásticas no venía para favorecer las doctrinas de San Anselmo y de San Bernardo. En el concilio de Constanza sostuvo un monje dominico que sólo se hallaban en estado de perfeccion los que hacían los tres votos de obediencia, de castidad y de pobreza (2). *Gerson* combatió con viveza, y aún con cierta acritud, estas viejas pretensiones del monaquismo, y no ocultó la poca estimacion que profesaba á la pretendida perfeccion de los monjes: "Dejemos, dice, los debates sobre la perfeccion á los fariseos, y confesemos que cualquiera estado en que se practica la religion cristiana es un estado perfecto; Dios no es sólo el Dios de los monjes, es el Dios de los seglares, de todas las profesiones; y así, en todas las clases se encuentran personas que son obedientes, castas y pobres de espíritu, y aún las hay que lo son más que muchos de los que viven en los monasterios", (3).

(1) HENRICUS GANDAVENSIS, Quodlib. XII, 27 (t. II, p. 269-272); XII, 29 (t. II, p. 273-281).

(2) VON DER HARDT, *Concil. Constant.*, t. III, p. 106.

(3) GERSON, *Op.*, t. I, p. 467-474; t. III, p. 437-440; t. II, p. 628.

La consecuencia lógica de esta doctrina es la igualdad de la vida laica y de la vida religiosa; mas el ilustre canceller no se atrevió á ir tan allá; defendió el celibato y sostuvo que era superior al matrimonio. Esto era una inconsecuencia: una vez arruinada la perfeccion monástica, se deduce necesariamente la santidad de la vida laica. Se comprende bien esta inconsecuencia en el teólogo á quien se atribuye la *Imitacion de Jesucristo*. Pero los principios hacen su camino, á pesar de las flaquezas de los hombres. Los sentimientos que inspiraban á *Gerson* cuando representaba la vida monástica como un estado de imperfeccion habían germinado en la sociedad laica; y más consecuente que los doctores, la sociedad civil rechazó el monaquismo y el celibato.

N.º 2.—La vida laica y el monaquismo.

Bajo el punto de vista cristiano, existe una oposicion radical entre la vida de los legos y la vida de los clérigos, cuya más alta expresion es el monaquismo; y la oposicion ha nacido del espiritualismo cristiano, que confunde el mundo con el imperio del demonio, que considera la naturaleza humana como esencialmente viciada por el pecado original, y que no ve probabilidad de salvacion sino en el desprecio del mundo y en la abdicacion de los bienes que á él nos ligan. La idea cristiana es falsa: el mundo no es el dominio de Satanás, es el teatro y el instrumento destinado á nuestra actividad por Dios; la naturaleza no está viciada, es santa; la imperfeccion de la criatura y las flaquezas que de ella se originan son el solo pecado que nos infecta al nacer; pero si el hombre es imperfecto, es también perfectible, y el más amplio desarrollo de todas sus facultades es precisamente el fin que Dios le ha asignado, fin que no puede cumplir sino en el mundo, explotando la naturaleza y no maldiciéndola, uniéndose á sus semejantes y no huyendo de ellos. No hay, pues, dos vidas opuestas, contrarias; no hay más que una vida, la vida que está en armonía con las leyes de nuestra organizacion, cuyas leyes vienen de Dios; y esa es la vida real, mientras que el monaquismo es una vida ficticia, imaginaria, imposible. La realidad debía prevalecer sobre la ilusion y la ficcion.

Tan cierto es que el monaquismo está en contradiccion con las leyes eternas de la naturaleza,

que no fué jamás tomado en serio sino por algunos hombres excepcionales; para la masa de los monjes, la vida del claustro era una posicion que unos buscaban por ociosidad, otros por necesidad, y casi todos conservaron detras de los muros del convento los gustos y las pasiones de la vida del mundo. El autor de la *Imitacion de Jesucristo* lo confiesa: "Los más, dice, escuchan el mundo con preferencia á Dios, y más les gusta seguir los deseos de la carne que la voluntad divina.", "Los mismos santos, á pesar de todos sus esfuerzos, no llegaban á olvidar el mundo. Oigamos las dolorosas lamentaciones de la *Imitacion*: "Yo quisiera ligarme á las cosas del cielo, y mis pasiones me sumergen en las de la tierra... ¡Oh, cuánto sufro dentro de mí cuando, meditando en las cosas del cielo, vienen á presentarse en tropel las de la tierra durante mi oracion! Haced, Dios mio, que brille vuestro rayo y disipe estas visiones de la carne.", (1). Comprendemos este fervor de un alma piadosa, pero no podemos asociarnos á las desordenadas aspiraciones que implica. La vida monástica, tomada como regla de grandes sociedades de hombres ó de mujeres, es una vida imposible; la incompatibilidad del monaquismo con las exigencias de la realidad se produce á cada paso y en todas las manifestaciones de la vida.

Bajo el régimen feudal, época del grande esplendor del monaquismo, reinaba en la sociedad laica el amor de los combates y de las aventuras: no podía darse oposicion más radical que la que separa al guerrero del monje y resalta con notable candor en las *Canciones de Gesta*. Los héroes de estos poemas acaban, á veces, su agitada existencia en un monasterio; pero los hábitos de la vida caballeresca forman un cómico contraste con los deberes de su nueva profesion. *Rainouart* no había puesto jamás el pié en la iglesia; júzguese cuál sería su asombro al entrar en el claustro; se deja rasurar, tonsurar y encapuzar; pero cuando el abad le recomienda que ayune cuatro días á la semana, que vista un cilicio y que vaya todas las noches á orar á maitines, el caballero se resiste y dice al abad que miente, y jura que comerá, suceda lo que quiera, gordos capones y buena caza, y protesta que cantará á su manera y con la fre-

cuencia que le venga á deseo (1). Ni eran más del gusto de los caballeros los preceptos morales del cristianismo que el ascetismo de los conventos. *Guillermo de nariz corta*, hecho monje, era el terror de la comunidad; comía como seis, y era aficionado á la bebida; y cuando había bebido con exceso, lo cual le sucedía á menudo, desdichado del religioso que encontraba á su paso. Para desembarazarse de este huésped temible, le encargó el abad que fuera á buscar pescado, y le advirtió que, al pasar por un bosque, podría encontrar ladrones que tratarán de robarle el dinero ó las provisiones del convento. "Está bien, dice *Guillermo*, yo sabré defenderme, y voy, al efecto, á tomar mis armas.", "Eso no, dice el abad; la Regla de San Benito nos prohíbe expresamente el uso de la espada.", "Pero ¿y si me atacan?", "Les suplicas, en nombre de Dios, que te perdonen.", "¿Y si me piden mi capote, mi camisa, mis botas, mis escarpines?", "Hay que dárselo todo, hijo mio.", respondió el abad. "¡Maldita sea vuestra regla! exclamó *Guillermo*; yo prefiero la de los caballeros; combaten á los Turcos, y con frecuencia se bautizan en su sangre, mientras que vosotros no haceis más que beber y comer, cantar y dormir.", (2).

¿Cómo extrañar que la vida religiosa pareciera á los hombres del siglo lo contrario de la vida, es decir, la muerte? ¿No se decían los mismos monjes muertos para el mundo? ¿Qué son estos cadáveres vivientes cuya vida es una muerte? Una existencia absurda que implica contradiccion. Desde el siglo XII, la vida real era preferida á la muerte de los monjes; un abad es quien lo dice: "Los hombres siguen el ancho camino de los placeres con preferencia al estrecho del claustro; llaman sabiduría al gusto del mundo y á su desprecio, osadía; la tierra, que no es más que una prision, es para ellos la patria; y la vida actual, que es la muerte, es para ellos la verdadera vida", (3).

Al genio guerrero que había inspirado las cruzadas sucedió en el siglo XIII el espíritu mercantil; vióse á los mismos cruzados dejar la Ciudad Santa y establecerse en Constantinopla, la ciudad

(1) *Histoire littéraire de la France*, t. XXII, p. 540.

(2) *Histoire littéraire de la France*, t. XXII, p. 522 y siguientes.

(3) *EGCARD., libellus de sacra expeditione hierosolomitana* (del siglo XII); Prólogo, en MARTENE, *Amplissima Collectio*, t. V, página 513.

(1) *Imitacion de Jesucristo*, t. III, 3; III, 48, 4, 5.

del lujo y de los placeres. Era una señal de los tiempos. El amor de las riquezas y de los goces materiales no data del siglo XIX, como dicen los entusiastas de lo pasado; oigamos á un predicador de la Edad Media: "¿Quién ama hoy la pobreza á ejemplo de los apóstoles, á ejemplo del mismo Jesucristo? ¿Quién no busca las riquezas con todas sus fuerzas? Los cristianos son peores que los paganos, porque, persiguiendo el lucro con tanto afán, violan la ley de Dios. No son ya los villanos, sino hasta los condes y los barones quienes se hacen comerciantes. ¡Qué locura! ¡Exponer cuerpo y alma por recoger ese barro que se llama oro!" (1). Razon tenía para quejarse *San Buenaventura*, porque las tendencias materialistas de la sociedad anunciaban la muerte del monaquismo. Los monjes maldicen la materia y hacen profesion de despreciarla, porque Satanás es el príncipe del mundo, mientras la sociedad laica explota la materia como fuente de riquezas é instrumento de su desarrollo. ¿Cuál es la vida realmente santa, la de los religiosos holgazanes ó la de los trabajadores? La cuestion está hoy resuelta en última apelacion, á despecho de los necios clamores de algunos fanáticos; pero en la Edad Media se necesitaba un grande atrevimiento para proclamar que la vida laica era tan santa como la vida religiosa: un poeta fué el primero que osó anticipar esta proposicion temeraria, *Juan de Meung*, el valeroso adversario del monaquismo y de la hipocresía clerical (2).

Desde el momento en que se reconoce la santidad de la vida laica, pierde su razon de ser el monaquismo. ¿Por qué huir del mundo, donde se puede procurar la salvacion trabajando, para ir á vivir una vida de ociosidad y tedio detras de los muros de un claustro? Desde el siglo XIII se predice la abolición de los monasterios: los poetas, esos profetas de lo porvenir, se hicieron los órganos de los sentimientos que germinaban en la sociedad laica. Un *minnesinger* (trovador), en un canto sobre la vuelta de Federico Barbaroja, dice que el emperador destruirá los conventos, que los religiosos se casarán con las religiosas y que cultivarán las tierras y los viñedos (3). La supresion de los Templos

(1) S. BONAVENTURA, *Sermo de Sanctis* (Op., t. III, p. 224, 231, 236).

(2) *Roman de la Rose*, v. 11610 y sig. (t. II, p. 163).

(3) *Regenbogen*, en VON DER HARDT, *Minnesinger*, t. IV, página 637.

rios produjo una viva impresion en los espiritus: el tiempo se acerca, dice un poeta inglés, en que sucederá lo mismo con todas las órdenes (1). Y cosa digna de notarse: el monaquismo encontró sus más rudos adversarios en el seno de los monasterios: un monje fué quien dió, en el siglo XVI, el golpe de gracia al monaquismo, y ya en el siglo XV decía un monje que el mundo marcharía mucho mejor si no hubiera monjes (2). Vienen en seguida los precursores de la Reforma, que anuncian la próxima revolucion: *Wiclef*, lejos de considerar la vida de los religiosos como un estado de perfeccion, ve más bien en ella un obstáculo á la práctica de la verdadera religion de Cristo, y llega hasta á decir que los que pertenecen á la religion de San Benito ó de San Francisco no son de la religion cristiana (3). Sólo quedaba que Lutero hiciera oír su poderosa voz para que la muerte monástica diese plaza á la vida.

§ II.—Reaccion contra el espiritualismo cristiano.

N.º 1.—El ideal cristiano.—El celibato.

El espiritualismo cristiano no ha penetrado jamas en la conciencia general, y esto sólo basta para demostrar que es falso. Si fuera la expresion de la verdad, habría debido ser aceptado como fin, aún cuando por razon de su elevacion se hubieran en el hecho desviado de él los hombres; pero la sociedad laica ha tenido siempre un concepto de la vida enteramente diferente del que se deriva del cristianismo. Así fué en la misma Edad Media, en la época en que la influencia de las ideas cristianas parecia absoluta. En vano se ha pretendido lo contrario: no hay más que poner el ideal, tal como lo concebían los más éminentes doctores de la Iglesia, frente al ideal laico, para convencerse de que se producía en la sociedad una reaccion contra el espiritualismo cristiano, reaccion de la vida verdadera contra una falsa vida.

El espiritualismo cristiano se concentra en la exaltacion de la virginidad. Pudiera creerse, desde luego, que esta creencia domina en la sociedad lai-

(1) WARTON, *History of english poetry*, t. II, p. 57, nota.

(2) DU MÉRIL, *Poésies du moyen-âge*, p. 140.

(3) Estas proposiciones se encuentran entre las que condenó el concilio de Lóndres en 1382 (MANSI, t. XXVI, p. 695).

ca como en la teología: la Virgen es la diosa de la Edad Media, y la mujer es la divinidad de la caballería; ¿no es el mismo pensamiento bajo formas diferentes? Interroguemos á los doctores más ilustres del catolicismo, y ellos nos dirán si el culto de la Virgen influyó en la idea que se formaban de la mujer y de su mision. Ya hemos dicho en otra parte que, aún cuando el cristianismo realizaba la condicion de la mujer, le guardó rencor porque imputaba la caida de Adán á la madre del género humano (1), preocupacion que respira el tono desdenoso con que los Padres de la Iglesia hablan de las hijas de Eva. ¿Tienen los doctores del siglo XIII un lenguaje más respetuoso, expresion de un sentimiento más justo? *San Buenaventura* recogió, en los Padres más hostiles á la mujer, los testimonios que le son más adversos; y poniéndolos en una obra teológica, les atribuyó casi la autoridad de un dogma. "¿Qué es la mujer? pregunta *San Crisóstomo*. La enemiga de la amistad, una pena inevitable, un mal notorio, una tentacion natural, un peligro doméstico; las más bellas no son sino sepulcros blanqueados." *San Jerónimo* es todavía más duro, más soez: "La mujer, dice, es la puerta del diablo, el camino de la iniquidad, la mordedura del escorpion" (2). En lugar de dulcificarse el lenguaje de los doctores, se va haciendo cada vez más injurioso; diríase que quieren protestar con la dureza de sus reproches contra el culto idolátrico que el mundo rinde á las gracias de la tentadora: "La mujer, dice *Hugo de San Victor*, es la causa del mal, el principio de la falta, el foco del pecado; ella sedujo al hombre en el paraíso, ella lo seduce todavía en la tierra, y ella lo arrastrará á los abismos del infierno" (3). No era este sólo el sentir de los místicos, de los exaltados: *Vicente de Beauvais*, espíritu sin originalidad, nos dice cuál era la opinion comun de los escolásticos: "La mujer es un dulce veneno que produce la muerte eterna, es una tea de Satanás, la puerta por donde penetra el diablo" (4). No quedaba ya más que hacer á la mujer, engañada por el espíritu maligno, cómplice del demonio, y no se le perdonó esta injuria. Un obispo que hizo un es-

(1) *Estudios sobre el Cristianismo*.

(2) S. BONAVENTURA, *Pharetra*, l. 8 (t. VI, p. 103).

(3) HUGO DE SANCTO VICTORE, *De nuptiis*, l. 2.—Los autores de la *Histoire littéraire* (t. XIII, p. 500) atribuyen esta obra á HUGUES DE FOULLOI, prior de S. LAUR.

(4) VINCENTIUS BELLOVACENSIS, *Speculum Morale*, lib. III, dist. 5, de fugienda societate mulierum, p. 1396.

tudio especial de la demonología, *Guillermo de Auvernia*, observa que los demonios aparecen siempre bajo la forma de una mujer, mientras los ángeles buenos toman la forma del hombre (1).

Dispensamos hoy al cristianismo el honor de haber difundido el espíritu de la igualdad en el mundo, y acaso con nuestra excesiva imparcialidad atribuimos á la religion una gloria que no le pertenece. Es lo cierto que los más ilustres doctores de la Edad Media, de acuerdo con los Padres de la Iglesia, consideran á la mujer como un sér inferior al hombre. De entre todos los filósofos de la antigüedad, Aristóteles es el que se expresa con más desprecio hácia la mujer; con su orgullo de hombre, ve en ella casi una monstruosidad: "La naturaleza, dice, tiende siempre á engendrar varones, y sólo por impotencia ó por accidente produce una mujer." *Santo Tomas* repite este ultraje (2), y añade que el hombre es el tipo de la perfeccion y la mujer el tipo de la imperfeccion (3). Y no es esto una reminiscencia de la antigüedad pagana, un error de Aristóteles aceptado con excesiva complacencia por sus discípulos católicos; el doctor angélico halla la confirmacion de su doctrina en la Sagrada Escritura, en la Revelacion: "Para demostrar la preeminencia del hombre, fué de él sacada la mujer; y por lo que hace al hombre, creado á imagen de Dios, es el principio de todo género humano, como Dios es el principio de todo el universo." Tan radical es la desigualdad de la mujer segun la opinion de los pensadores cristianos, que la trasportan hasta el mismo paraíso: "Aún sin el pecado, dice *Santo Tomas*, la mujer habría quedado sujeta al hombre; porque el hombre tiene naturalmente más razon." No es, pues, la desigualdad consecuencia de la caida, es la obra del Creador. ¿Cuál es, es definitiva, la mision de la mujer? El Génesis dice que no es bueno que el hombre esté solo. Comentando estas palabras, pregunta *San Agustin* por qué ha dado Dios al hombre como ayuda á la mujer, y no halla otro fin que la procreacion, "al modo que la tierra es necesaria para que produzca plantas la semilla." "No es para ayudar al hombre en su trabajo, añade el Padre latino,

(1) GUIL. ARVERNENSIS, *de Universo*, p. 1086.

(2) S. THOMAS, *Summa theologica*, P. I, qu. 92, art. 1.

(3) S. THOMAS, *Comment. in Libr. Job*, c. 1, lect. 1 (Op., tomo XIII, p. 100): «Mares comparantur ad feminas, sicut perfectum ad imperfectum.»